Leucemia - Tailandia, Toto

Soy Phusit Siloh, padre de Toto, y soy de la etnia mong, originario de la provincia de Chiang Rai. Me gradué de la Escuela Secundaria Adventista de Chiang Mai, estudié en la Universidad Internacional Asia-Pacífico de Tailandia, y llevo 15 años trabajando en la oficina de finanzas de mi alma máter.

Hace 3 años, mi hijo Toto enfermó repentinamente. No sabíamos por qué el niño estaba enfermo. Fuimos dos o tres veces al hospital cerca de casa, pero el médico tampoco pudo encontrar la causa. En ese entonces el niño tosía mucho, así que le tomaron una radiografía de tórax, y se vio un tumor cerca del corazón. El médico a cargo no estaba seguro de qué tipo de tumor era, y decidió trasladar al niño a un hospital estatal. Sin embargo, en ese hospital tampoco pudieron determinar exactamente cuál era el problema del niño, así que fuimos a un hospital más grande en Bangkok. Allí se reveló que el nombre de la enfermedad del niño era leucemia. Como no sabía bien sobre la leucemia, investigué para saber si esta enfermedad era curable o no. Lo que supe después fue que la leucemia era una enfermedad muy difícil de tratar.

El médico presentó la quimioterapia como el único tratamiento, y dijo que la tasa de curación era del 60-70%. Dijo que los niños menores de 10 años tenían mayor probabilidad de curarse. En ese entonces Toto tenía 13 años. Me consolé con lo que dijo el médico, que la probabilidad de curación era del 60-70%.

Toto recibió la primera quimioterapia durante aproximadamente 1-2 semanas. El niño ya estaba demacrado, y al recibir la quimioterapia su cuerpo se debilitó rápidamente. El cabello comenzó a caerse y la boca se le ulceró, dificultándole comer. No podía hablar, así que escribía en papel para comunicarse con nosotros. Como no podía comer, no tenía fuerzas y no podía caminar. Como no podía caminar, pasaba mucho tiempo acostado en la cama, y sin fuerzas ni siquiera podía girarse de lado. El mayor problema era que las células cancerosas se habían extendido hasta los ojos, impidiéndole ver. Además, el niño no podía dormir toda la noche por la picazón, y sufría por varios efectos secundarios, como problemas en el abdomen.

El equipo médico envió a Toto a un hospital especializado en oftalmología en otra provincia para recuperar la visión, y el niño tuvo que recibir radioterapia durante un mes para recuperar la vista. Finalmente, expertos médicos de diversas áreas se reunieron para discutir el método de tratamiento de Toto. En ese entonces Toto había perdido el 80% de la visión del ojo derecho, y su audición también se había debilitado, por lo que no oía bien. Mientras esperaba la consulta con el médico, pensé que el mejor método para Toto era prevenir la metástasis de las células cancerosas. El médico a cargo propuso enviar al niño a un hospital estatal para la segunda quimioterapia. En la primera quimioterapia que recibió en el hospital de Bangkok, Toto la recibió con los niveles de fármacos más altos. Pero este médico dijo que eso había sido demasiado fuerte para el niño. La intensidad de los fármacos de la segunda quimioterapia era mayor, y dijo que no sabía si el niño podría soportarlo, y que pensáramos si continuar o suspender la quimioterapia.

Al juntar las palabras del médico, resultó que la quimioterapia no era un proceso que curara definitivamente la enfermedad del niño y le devolviera la salud, sino solo un método para prolongar la vida.

La esperanza que nos quedaba era solo que la vida del niño se prolongara para que estuviera un poco más de tiempo a nuestro lado.

En ese momento vino a mi mente el versículo bíblico: «Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará.» (Mateo 16:25). No había mucho que pudiéramos hacer por Toto. Así que pensé que si el niño debía morir, debía dormir en Dios. Decidimos suspender la quimioterapia y darle el alta. Y le dijimos al niño: "Toto, mamá y papá ya no pueden ver cómo sufres recibiendo la quimioterapia. Nosotros, como tus padres, hemos hecho todo lo que podíamos. Pero si Dios quiere que duermas, oremos para que así sea. Si Dios desea que vivas y le sirvas, te mostrará la manera de curarte."

La situación era desesperada, y sentimos que no nos quedaba mucho tiempo para estar juntos como familia, y caímos en una gran tristeza.

Llegamos a casa después del alta alrededor de las 10 de la noche, y justo al día siguiente, en el Centro de Salud MHPC de la zona universitaria donde trabajo, un equipo de Corea iba a comenzar el seminario de diez días "The Maker Heals (El Hacedor Sana)". Como habíamos abandonado el tratamiento hospitalario, no teníamos otra opción, y decidimos participar en el seminario. En el seminario aprendimos sobre cómo comer y vivir saludablemente. Desde que comenzamos a asistir al seminario, el estado del cuerpo de Toto comenzó a mejorar y a recuperar vitalidad. Después de que terminó el seminario, fuimos al hospital una vez al mes para los chequeos, y cada vez recibíamos resultados de que la salud del niño estaba mejorando.

Hasta hoy, 3 años después, Toto vive saludablemente, y nuestra familia vive tal como aprendimos en el seminario. Estamos seguros de que Dios tiene un plan para obrar a través de Toto en el futuro. Mi hijo ya murió.

Este hijo que vive hoy es hijo de Dios.